

P. BARTOLOMÉ SANCHEZ

NACIÓ este bendito Padre, para honra de su patria y gloria de la Compañía, en la nobilísima ciudad de Múrcia el año de 1613, día de S. Bartolomé Apóstol, cuyo nombre le pusieron, dándole el cielo este Patron para que le imitase en la vida, como le imitaba en el nombre.

Su padre se llamó Bartolomé Sanchez, y su madre Ana Marina, personas honradas y de muy santas costumbres.

Vivieron muchos años casados sin tener hijos, y, con el deseo de ellos, ofrecieron á Dios de dedicarle á su culto el hijo varon que les diese; y despues de muchas plegarias, Misas, y sacrificios, y limosnas que ofrecieron por esta intencion á su divina Majestad, les dió á nuestro Bartolomé, que con razon podemos decir que fué más hijo de oraciones que de sus padres, y más de la gracia que de la naturaleza.

Declarólo bien su infancia, la cual fué más de ángel que de hombre, porque adelantándose la virtud á la razon, en aquella tierna edad frecuentaba las iglesias de manera, que vivia más en ellas que en su casa.

Asistia á las Misas con admirable devocion, veneraba las imágenes de los santos, y cuando volvía á casa, su ordinaria y más gustosa ocupacion era remedar á los sacerdotes y predicadores, y, juntando otros niños, les hacia sermones, exhortándoles á servir á Dios; prenuncios verdaderos de ser escogido de su mano para predicador suyo, y de lo que habia de hacer cuando mayor.

En teniendo edad competente, le enviaron sus padres á los estudios que tiene la Compañía en aquella ciudad, para que aprendiese letras humanas y divinas, y, á los primeros lances, procurando Satanás ahogar en sus principios este hijo de bendicion, como antiguamente á los de los hebreos en Egipto, le arrimó una mala compañía, peste de la juventud, que comenzó á divertirle, persuadiéndole libertades, malos juegos y malas costumbres.

Su padre, que velaba en su aprovechamiento, sintió, como tan celoso y cristiano, el divertimento de su hijo, y puso el cuidado posible en reducirle á la virtud con exhortaciones, amenazas y castigos: quitóle aquellas malas compañías, procuró dárselas buenas, habló de nuevo á sus maestros, encargándoles á su hijo, atemorizóle con las penas del infierno y con los castigos que Dios tiene preparados para los que le ofenden, ofreció, como otro Job por sus hijos, sacrificios y limosnas á Dios por el suyo, y fué oido de su di-

vina Majestad, porque le habló interiormente y le redujo al camino de la virtud.

Llegóse el año de 1628, en que se celebró en Múrcia la declaracion y martirio de los primeros mártires del Japon, con grande solemnidad por espacio de ocho días, y oyendo nuestro Bartolomé decir á los predicadores tan grandes alabanzas del martirio, y la honra y gloria que ganan en la tierra y en el cielo los que dan la vida por Cristo, y contemplando la que habian alcanzado aquellos santos mártires, se encendió de manera en el deseo de imitarlos, con tan ardiente envidia de su dicha, que si le fuera posible, se partiera luego al Japon á padecer martirio.

Anduvo con este deseo muchos dias, sin tomar resolucion alguna, pensando, por qué medio podria cumplirle, y juzgando que el mejor seria entrar en alguna religion; se determinó de entrar en la Compañía, adonde habia tantos mártires, y penetraba todo el mundo predicando la fe de Cristo.

Encendióse más en este deseo, cuando por este tiempo partió del colegio de Múrcia el P. Hernando Perez, conocido suyo, para las islas Filipinas, con otros del mismo colegio, con los cuales deseó irse: y no habiendo lugar por entónces de recibirle, quedó tristísimo; y con vivas ansias de cumplir sus deseos, se partió á Sevilla, con grande sentimiento de sus padres, que haciendo todo el esfuerzo posible, procuraron detenerle. Pero su fervor fué mayor que su violencia, y así le puso en Sevilla con ligero vuelo, y no hallando allí á los Padres que buscaba, pasó á Cádiz, y hallando dificultad en el P. Hernando Perez para recibirle y llevarle á Filipinas, se metió en la nave en que habian de ir, y se escondió en lo interior de ella con firme resolucion de no salir á tierra, ni desistir de su intento, aunque le costase la vida. Resolucion verdaderamente digna de toda estimacion y alabanza, y de dársela á Dios muy grande, porque dió tal esfuerzo á persona de tan poca edad, que no tenia diez y ocho años, en la flor de su juventud, para alcanzar á costa de tantas fatigas, caminos, sudores, desvíos y repulsas, con tan repetidas instancias, no los adelantamientos humanos ni los honores del mundo, sino la corona del martirio; pero juntamente declaró Dios en este mancebo la flaqueza del corazon humano, con la virtud del don divino, por lo que ahora diré:

Estando escondido en la nave, y cerca de hacerse á la vela, recibió unas cartas de sus padres, en que le representaban tan vivamente el sentimiento y desconsuelo con que estaban de su partida, las lágrimas de su madre, el clamor de sus hermanos, el llanto de todos sus parientes, la falta que hacia á su padre y el dolor que todos tenian, que leyéndolas cayeron arroyos de lágrimas de sus ojos, enternecido como cera aquel pecho que parecia de diamante. Y si como le hallaron en la nave, le hallaran en tierra, sin duda desis-

tiera de su empresa, y vencido del amor de sus padres, se volviera á su patria; pero, ordenándolo así Dios, cuando estaba atravesado con el dardo de este dolor, disimulóle más por el empacho y crédito de su honra, calló por entónces y se hizo á la vela con los demas que pasaban de la Compañía; pero siempre con el dolor y sentimiento que le causaron las cartas de sus padres, no sólo tibio en sus propósitos, sino resuelto de volver á consolarlos en la primera embarcacion que hallase para España.

Tal es la inconstancia del corazon humano, y tal la fuerza del amor de los parientes y el afecto natural de carne y sangre con que todos nacemos.

El suyo disimuló nuestro pretendiente, y ostentándose constante, ignorantes los Superiores de lo que pasaba en su corazon; premiando su perseverancia, le recibieron en la Compañía, comenzando su noviciado en la nave.

Mas como la llaga encubierta criaba cada día nueva materia y se iba empodreciendo más, iba juntamente creciendo la compasion de sus padres y el deseo de volver á consolarlos, y como no hallase medio para ello, en llegando á tierra concertó secretamente con el capitán de la nave volverse con él, escondiéndose á la vuelta, como lo habia hecho á la venida. Pero como no hay trazas que valgan contra las trazas de Dios, que le habia escogido para fertilizar su Iglesia con su sangre; deshizo sus intentos, dándole en Méjico una gravísima enfermedad.

Estaba á la sazón en el noviciado, adonde le sucedió lo que en el Prado Espiritual se cuenta de S. Pacomio, que siendo gentil y viéndose curar con grande caridad de los cristianos; se movió de manera, que detestando la idolatría, abrazó la fe de Cristo, que tal piedad profesaba, y fué santo.

Lo mismo sucedió á nuestro mártir, porque viendo la caridad y cuidado con que le curaban y asistian, más que si fueran sus propios padres y hermanos, sin haberle visto jamas, por sólo tener la ropa de la Compañía, se movió de manera, que vencida la tentacion que padecía de volver á los suyos, se resolvió firmísimamente de perseverar hasta la muerte en la Compañía, y no dejar por padres, ni hermanos, ni parientes religion que tal caridad profesaba, lo cual cumplió con tan grande firmeza, que nunca más tuvo el menor sentimiento en contrario, y respondió á sus padres con total resolucion de no verlos jamas en la tierra, exhortándolos á conformarse con la voluntad de Dios, como se verá por los capítulos de las cartas siguientes, que para mayor fe de esta verdad quiero referir aquí, y dicen de esta manera, escribiendo á su madre en 22 de junio de 1636:

«Cierto, señora y madre mia, que por dos razones, entre otras, me parece puede Vm. estar muy consolada, y creo las sabrá Vm. mucho mejor que yo, considerando y sacando de ellas mucho consuelo. La primera es, ver fué

voluntad y beneplácito de Dios, sin el cual nada se hace ni se hará jamas en el cielo ni en la tierra. Y si fué voluntad de Dios, ¿quién puede haber que á ella resista? ¿Ni qué criatura puede haber á quien le pese ver cumplida su santísima y divina voluntad? Bien tengo conocido que Vm. está muy conforme con la voluntad de Dios, y, aunque con sentimiento no poco, causado de las maternales entrañas que en Vm. conocí siempre, muy contenta de verla cumplida, como lo muestra en las dos cartas últimas que recibí de Vm. el año pasado de 1634, animándome á perseverar en mi santo propósito, etc.»

«La segunda razón es, el premio grande que Vm. recibirá de la liberalísima mano de Dios, en pago del acto heróico que Vm. hará en esto, para que permanezca en el estado que tengo. Cierto, señora mia, me atrevo á decir, que me está Vm. algo obligada, por haber sido causa de la hermosísima corona de gloria que á Vm. se le está labrando en el cielo. Porque el desconsuelo que Vm. tiene de no verme, ¿en qué ha de parar, sino en un consuelo eterno de que gozará Vm. en la presencia de Dios? Ese no poder cumplir al presente la voluntad de verme y hablarme, y finalmente, esa paciencia tan grande con que Vm. lleva todo esto, conformándose humildemente con la voluntad de Dios, ¿en qué ha de parar sino en hacer eternamente su voluntad en el cielo? Adonde confío y espero en la misericordia de Dios, que nos hemos de ver todos muy de espacio: no hay sino tener buen ánimo, señora mia, que muy breve es esta vida que vivimos, y el premio que se espera muy grande, etc.»

Y en otra carta del año siguiente de 1637, su fecha en Manila á 18 de agosto, pone otros dos capítulos, que por una parte declaran la fineza de su espíritu, y por otra la firmeza de su vocacion. El primero dice así:

«Tengo mucho cuidado de escribir á Vms. por tener entendido serles mis cartas de mucho consuelo; pero, aunque sea esto así, quisiera, padres y hermanos míos, que Vms. no pusiesen todo su consuelo en una cosa de tan poca ó ninguna monta, y para hablar con términos claros, que no les puede dar á Vms. consuelo alguno. Las palabras de los hombres y sus escritos, por muy santos que sean, no son bastantes á consolar un afligido, sin que Dios ponga la mano, y por su medio los consuele. Todas las razones y motivos que yo puedo dar á Vms. para consolarse y no sentir tanto como he sabido sienten mi ausencia, se los sabe dar Dios con mucha más retórica y viveza que no yo: y así deseo y quisiera decir con esto, que Vms. por amor de Dios, pongan su consuelo y acudan por él á quien se le puede dar, no de dos á dos años, si no es que sea á más, como yo, y ese muy limitado; sino cada mes, y cada día, y cada hora, y cada instante cumplidísimamente, etc.»

De esta manera prosigue discurriendo cuán poco fruto sacarán de tenerle presente, y cuántas penas les pudiera ocasionar su asistencia en España, como se experimenta en otros, y últimamente concluye su carta con el capítulo siguiente:

«Yo quedo bueno con salud, tan contento y más que antes, y tan agradecido, aunque no como debiera, á Dios nuestro Señor por haberme traído á estas partes, que si me viera ahora en España, sabe su divina Majestad luego al punto me volviera á ellas sin detenerme una hora, y para que Vms. conozcan cuánto contento tengo de verme por acá, una de las mayores penas que padezco, es que sueño algunas noches que estoy en España y en esa ciudad, tan al vivo que no lo puedo significar con palabras; y el pesar me despierta y consuela reconociendo que ha sido sueño, y que á la verdad estoy en Manila, y aún no acabo de desechar el sentimiento que me causa el sobresalto, aunque soñado.»

Todo lo dicho es de este siervo de Dios, en que declara cuán de raíz le curó Dios la llaga que le causó la primera carta de su padre, y cuán firme y arraigado quedó en su vocacion, vencida con tan gloriosa victoria la primera tentacion.

Mas, volviendo al hilo de nuestra historia, despues que convaleció, así de la enfermedad del alma como de la del cuerpo, la cual le dió el Señor para sanarle de aquella, como se vió por el efecto; abrazó con grande fervor la disciplina religiosa, esmerándose entre todos en la observancia de ella: y, llegado el tiempo, se embarcó para Manila, adonde comenzó sus estudios de Filosofía, en que salió tan aventajado, que le dieron el acto mayor de todas las Artes, prefiriéndole á todos sus condiscípulos.

Pero en lo que más se esmeró, fué en la disciplina regular, en la devocion y silencio y en el ejemplo y edificacion que dió así á los de casa como á los de fuera, que es el primer estudio que debe tener el religioso.

Entre otras devociones fué muy singular la que tuvo el Apóstol de la India S. Francisco Javier nuestro Padre, á quien tomó por dechado, patron, amparo y maestro de todas sus acciones, con una ternura tan grande de corazon, que no le podia nombrar sin cordial sentimiento de su alma, la cual ternura le nació de una voz interior que sintió un día, que claramente le dijo: *Sé devoto de este santo y quiérelle bien, pues tan conforme es á tu gusto y natural.*

Aumentóse esta devocion con la venida por aquel tiempo á Manila del santo mártir el P. Marcelo Mastrillo, á quien el nuestro comunicó íntimamente, porque como dice el Espíritu Santo, fácilmente se convienen las aves de la misma calidad. Y como los corazones de los dos eran tan semejantes en la calidad y en los deseos, fácilmente convinieron, y el P. Bartolomé le comu-

nicó sus deseos de pasar á Japon, y, por su consejo, escribió á nuestro P. General, pidiéndole licencia para cumplirlos. Dióle juntamente una letanía, que habia compuesto de loores y epítetos de S. Francisco Javier, la cual rezó de allí adelante todos los dias al Santo, en cuya devocion y deseo del martirio se encendió de manera, que hizo la demostracion siguiente:

Hirió su pecho encima del corazon, y tomando de la sangre que corria, como si saliera del mismo corazon, hizo una cédula de obligacion al santo, en la forma siguiente: «Yo, Bartolomé Sanchez, religioso indigno de la Compañía de Jesus, hago voto y me obligo á Dios nuestro Señor y á S. Francisco Javier mi Padre en su nombre, de pasar al Japon, si me dieren licencia para ello, y dar allí la vida por Cristo, cuando se ofrezca la ocasion del martirio, y para mayor firmeza lo firmé en Manila con sangre de mi corazon,

FRANCISCO SANCHEZ, *siervo indigno de S. Francisco Javier.*

Esta cédula entregó al santo P. Marcelo Mastrillo, como á secretario del Santo Apóstol, quedándose con un traslado para renovar su obligacion, testimonio del fervor de su espíritu y de los deseos vivos que siempre tuvo del martirio, testigos abonados de haberle escogido Dios para él en sus principios; porque los deseos son semilla que siembra Dios en los corazones de aquellos á quienes ha de dar las obras, como el labrador para coger despues el fruto. En las heridas que hizo echó polvos de reliquias que tenia del Santo, así para darle posesion de su corazon, como para entrañarle más en él.

Mas, porque puede ser que mirando alguno accion tan extraña y desusada, la juzgue por imprudente, censura que padecen ordinariamente las cosas nuevas y extraordinarias, le ruego que advierta que semejantes obras, en personas espirituales, no se hacen sin impulso superior de Dios, como lo declaran los efectos que causan.

De S. Enrique Sufon se dice en su vida que grabó con un buril el nombre santo de Jesus encima de su corazon, abriendo las letras en la carne viva, á costa de su sangre, y se le imprimió en las médulas de su corazon de manera, que no se apartaba de su memoria, y siempre pensaba y hablaba de él con una dulzura y suavidad inefable.

Así parece que le sucedió á nuestro santo mártir en esta accion, porque desde aquel dia comenzó á sentir tan raros favores de S. Francisco Javier, y, por su medio de la Majestad de Dios, que no le apartaba de su memoria, y siempre se paladeaba con su nombre, como si fuera un panal de miel.

Encendióse en amor y devocion con la Santísima Virgen, á quien tuvo siempre por Madre, y la amó y reverenció como á tal.

Cobró nuevo afecto al B. Estanislao, como á hijo regalado de la Reina del cielo, y se encomendaba á él ordinariamente.

Sintió grande aliento para la observancia regular y un grande fervor para la mortificacion, oracion, silencio, obediencia y rendimiento á sus Prelados, y tan grande paz en su alma que, aunque ardia en vivos deseos de pasar al Japon á padecer martirio, no le alteraban ni le inquietaban un punto, gozando de una suave tranquilidad, reconociendo que era la voluntad de Dios á quien deseaba agradar, que es la piedra del toque de la verdadera vocacion.

Sintió en particular un grande afecto á la pobreza, y voces interiores que le daba el Santo para que usase siempre no vestido lustroso, sino pobre, viejo, raído y remendado, como el Santo le usó.

Una vez que le dieron unos zapatos nuevos, tuvo tal remordimiento de conciencia, que no le pudiendo sufrir, se los quitó dentro de media hora y se puso los viejos, con que cesó la batería que padecía.

Lo mismo le sucedió otra vez que le trocaron, sin verlo, el sombrero viejo que traia por otro mejor, sintiendo las voces de su Santo Javier que le reprehendia por él, y luego se le quitó: que los santos reparan mucho en cualquiera imperfeccion y quieren á los suyos vestidos de su librea.

Sintió tambien grande favor en el Santo contra las tentaciones y combates de Satanás, en los cuales le llamaba siempre en su favor, y le sucedió una vez hallarse acosadísimo, dejándole el Santo pelear con su enemigo, como á valiente soldado; y viéndose apretado dió una voz, diciendo: «¡Favor, favor Santo mio, que no puedo ya más!» y luego vió con los ojos corporales salir unas sombras negras de donde estaba, y cesó la tentacion, quedando victorioso y rico de merecimientos de aquel combate.

Con este porte de vida pasó el curso de sus estudios, adelantándose cada día así en la ciencia como en la santidad, dando á todos ejemplo de observancia y religion, hasta que llegó el tiempo de ordenarse de Misa, para la cual se preparó con unos fervorosos ejercicios, suplicando á su santo patron y maestro S. Francisco Javier, que fuese su padrino y le asistiese, para ofrecer dignamente á Dios aquel sacrosanto sacrificio, y juntamente con él su corazon, su vida y su sangre, para derramarla por su amor.

Dijo su primera Misa dia de la Natividad de Nuestra Señora, á quien puso por medianera para conseguir esta merced de Dios, y tuvo indicios ciertos de haberla alcanzado, por lo que ahora diré:

Haciendo los ejercicios dichos, sintió alguna sequedad en su alma, y recelándose que por su tibieza le habia dejado su santo Patron, bajó de su aposento á su altar, y, postrado delante de su imagen, le pidió con lágrimas perdon de sus culpas y de las que cometia en su servicio, y que no le desampara-

se por ellas. Estaba su imagen pintada con sobrepelliz y estola, y parecióle que le cubria una grande cruz desde la cabeza á los pies. Al principio dudó si era verdadera cruz ó fuerza de su imaginacion, hasta que ratificándose en ello á visos de mayor luz, conoció que era verdad y sintió en lo interior que el santo le decia se preparase para ella, en que se persuadió que Dios le concedia la merced que tanto deseaba de morir por su amor, si bien no entendió con qué linaje de muerte habia de padecer.

Siguióse á esto una amorosa reprehension ó queja que le dió el Santo, diciendo: «¿Cómo dices que te he dejado, habiéndote hecho tantos y tan continuos beneficios?» y en un instante se le representaron vivamente los que habia recibido de su mano, y la voz interior prosiguió diciendo: «Déjate gobernar, pues te has puesto en sus manos, que no está el agradar á Dios en tener devocion sensible; ahora es tiempo de padecer, descuida de tus cosas, y, cuando mucho, no hagas de ellas más que una simple representacion; cuida de imitar sus virtudes, y ofrece la Misa en accion de gracias por las que Dios te dió.»

Aquí dió fin el oráculo divino, y el siervo de Dios quedó enseñado y confortado á padecer por Cristo y á dejarse en las manos de su santo Patron, el cual le cumplió sus deseos en la forma que diré.

En ordenándose de Sacerdote, viendo los Superiores su fervoroso espíritu y la sed que padecía de la conversion de los gentiles, le enviaron á la grande isla de Mindanao, al puesto más dificultoso, que era el del presidio que entónces estaba en Boayen, en el rio principal de Mindanao.

Aquí dió principio á su predicacion, así con los soldados españoles del presidio y con los indios ya convertidos, como con los moros comarcanos que eran los más terribles y aversos á nuestra santa fe, á los cuales ganó con su mucha afabilidad y buen trato: y conquistadas las voluntades, pasó á ganar las fuerzas de sus entendimientos, convenciéndolos con razones á creer y confesar las verdades de nuestra santa fe.

Habiendo convertido á muchos, navegando con próspero viento en su predicacion, fué llamado de su Provincial al colegio de Zamboanga, que es el principal de aquella isla, y aunque el primero era contrario á su salud, pero anteponiendo el bien espiritual de las almas á su comodidad y aun á su vida, pidió con instancia volver á él, para proseguir la conversion comenzada de tantos infieles como habia en aquella tierra, y sus instancias fueron tales, que lo consiguio.

En volviendo, comenzó la mision de sí mismo, haciendo unos largos y fervorosos ejercicios, que parecia tener noticia de que habian de ser los últimos de su vida. La cual fué ejemplarísima en aquella residencia, dándose á la

oracion y penitencia con grandísimo fervor; que el buen soldado de Cristo prueba primero las armas de la predicacion en sí mismo, ejercitando lo que dice.

Por este medio convirtió este predicador muchos gentiles, y andaba tan gustoso de verse entre ellos, esperando cada día la corona del martirio, que como dándose el parabien, escribió á sus amigos que estaba gozosísimo de verse en tierra adonde valian tan baratas las coronas del martirio, y que así como aquella isla se habia conquistado para el rey á costa de la sangre de sus soldados, se habia de conquistar para Dios á costa de la sangre de los predicadores, como en la verdad sucedió, siendo él el primero que la regó con la suya, como ahora diré.

Despachóse en 1.º de junio de 1642 un chapán, que es un género de embarcacion grande, para el socorro de la fuerza de Boayen; embarcóse el santo mártir con los soldados, para animarlos, y confesarlos, y administrarles los Sacramentos.

Para impedir este socorro salieron dos reyes moros de Mindanao, Corralat y Mananquior, con más de sesenta velas, y cercaron á los nuestros que se defendieron dos días.

Con extraño valor andaba el P. Bartolomé con una imagen de Cristo crucificado en la mano, animando á todos y confesando á los que morian; mas como los moros eran tantos y los cristianos tan pocos, rindieron la nave y cautivaron á 21 españoles, y conociendo al Padre por predicador de la fe de Cristo; con furor rabioso, nacido del odio mortal que los mahometanos le tienen, arremetió al mártir el rey Mananquior con la daga desnuda.

Cuando el Padre le vió venir contra él, acordándole la amistad que poco ántes habian tenido en su tierra, le dijo lo que Cristo á Judas: *Amigo, amigo*, mas el pérfido respondió en su lengua: «No, no hay amigo.» El Padre se hincó de rodillas, y clavando los ojos en el cielo, ofreció á Dios su vida, y el tirano le pasó con la daga la garganta, y otro soldado moro le abrió la cabeza con su alfanje y juntamente las puertas el cielo, adonde voló su alma, triunfando con la victoria, para reinar eternamente en compañía de los mártires de Cristo, declarando los infieles, que sólo les movió á este homicidio el odio de la fe de Cristo.

Perdonaron las vidas á todos los cautivos, sino fué á un niño inocente llamado Javier, que traia el Padre consigo, al cual enviaron en su compañía mártir al cielo.

Los cristianos recogieron sus pobres alhajas por reliquias, estimándolas por un precioso tesoro, como de mártir de Cristo, y como tal le celebró la ciudad de Manila, y lo mismo se hizo en la ciudad de Murcia cuando se supo

su martirio, donde se celebró todos los años á 1.º de junio, que fué su dichosa suerte, año de 1642, teniendo veintinueve de edad y once de Compañía. Muriendo tan gloriosamente triunfó de sus enemigos, los cuales desde aquel día perdieron el ánimo y las fuerzas, y trataron paces con los españoles; y el miserable Mananquior fué vencido y derrotado de otro rey de Mindanao, llamado Monoay, y quedó pobre, sin gente y sin vasallos, triste, desterrado y desconocido hasta de su propia mujer: que de esta manera castiga Dios á los que persiguen á los suyos.

Tratan largamente de la vida y martirio de este bendito Padre las cartas *Anuas* de Filipinas, del año de 1642, de donde se sacó esto. Tráenla en sus martirologios el P. Felipe Alegambe y el P. Juan Nadaso.

P. ANDRADE.

H. JUAN DE BALLESTEROS

LA vida del H. Juan de Ballesteros fué tan singular y tan llena de varios sucesos, que en ella parece que hizo Dios alarde de su piedad y providencia, y de la grande misericordia que usa con los pecadores, trayéndole por tan varios caminos á su santo servicio, y conservándole en él por tantos años, y levantándole de vida rota y desconcertada á hombre espiritual y contemplativo, como ahora veremos.

Nació el H. Juan de Ballesteros en Extremadura, en un lugar pequeño, de padres ricos y honrados, los cuales le faltaron al mejor tiempo, quedando huérfano y niño, con más viveza que años, y más atrevimiento que seso.

Crióle una tia suya, á quien el Hermano llamaba santa, siempre que la nombraba, y lo fué sin duda, porque veia en ella virtudes que la hacian digna de tan ilustre nombre.

Deseó aquella piadosa mujer darle á mamar las virtudes, juntamente con la leche; pero con su natural altivo y sanguineo, que ya en aquella tierna edad se mostraba demasiado vivo é inquieto; la buena semilla de las santas instrucciones que le daba, vino á degenerar en espinas.

Prevaleció finalmente su natural indómito, contra los buenos consejos de la tia, por no ser aún capaz de recibirlos, y dejándose llevar de su libre na-